

IV

Del Oeste en el límite lejano
hay una tierra donde invierno cano
tiene siempre su asiento, y circundadas
de sus coronas de perpetuo hielo,
las montañas abruptas y afiladas
se elevan luminosas hasta el cielo.

Por sus faldas riscosas, convertidas
en profundas barrancas y caídas
donde sus carros en pasar se empeñan
los pobres emigrantes afanosos,
un poco hacia el Oeste, se despeñan
el Owyhee y el Oregón andosos.

Del lado del Oriente, atravesando
del Windriver los montes, y pasando
con curso vario su fugaz corriente

por el Valle risueño, que se llama
valle del Agua dulce, blandamente
y sonoro el Nebraska se derrama.

Y corriendo hacia el Sur de aquellas tierras,
de las altivas españolas Sierras,
las erizadas rocas desgastando,
barridos por los vientos del desierto
innúmeros torrentes rebramando
se arrojan hacia el mar, en su concierto

Unísono y salvaje, que en sus alas
el viento lleva a las etéreas salas,
el clamor imitando con que atruenan
el aire las sonoras vibraciones
con que fuertes ó lúgubres, resuenan
de las arpas los mágicos bordones.

Por aquellas corrientes circuidas
véense bellas praderas, do crecidas
las verdes yerbas como el mar se mecen
coronadas de rosas y amapolas,
que iluminadas por el sol parecen
las espumas flotantes de las olas.

Sobre ellas vagan por doquier errantes
 los rebaños de búfalos, distantes
 véñese corzos y ciervos, á porfía
 vagan lobos temibles y escapando
 con violencia que al viento desafía
 los caballos salvajes relinchando.

Cruzan por esas selvas portentosas
 las ráfagas del Norte tempestuosas
 que en invierno hacen daño al viajero,
 y en el verano ardiente, abrasadores
 cual las llamas que brotan del brasero,
 corren siempre los vientos bramadores.

Vagan por esos campos separados
 los pobres ismaelitas desterrados
 regando con su sangre los desiertos,
 y por sus tiendas que asoló la guerra
 trazando al aire, círculos inciertos
 el buitre vaga, que al guerrero aterra;

Porque es como el espíritu implacable
 de algún gefe enemigo que indomable
 fué muerto en la batalla y destrozado

y arrojados sus restos por el suelo
 y que sufre y que lucha denodado
 y sube y baja hasta escalar el cielo.

Al uno y otro lado se levantan
 y la mirada al levantarse encantan,
 brotando de la hoguera del salvaje,
 blancas columnas de humo que flamean,
 y arboledas de espléndido follaje
 la margen de los ríos hermosean

Y el oso taciturno, anacoreta
 que en los desiertos hórrido vejeta
 á los barrancos tenebrosos baja
 para ir á ahondar los formidables hoyos
 que hace en el árbol cuando el tronco raja,
 cabe alegres y poéticos arroyos.

Y sobre todo, el azulado cielo
 como un ángel de paz y de consuelo
 abiertas tiende las azules alas.
 porque es la mano que el Señor extiende
 desde las altas y cerúleas salas
 y con la cual á la virtud defiende.

De aquel triste desierto en las entrañas
y al pié de las de Ozark altas montañas,
á expertos y valientes cazadores
en su alegre excursión acompañando
y á ligeros y listos lazadores,
poco á poco Gabriel se iba internando.

Unos tras otros fatigosos días
de los indios sirviéndose de guías,
Basilio y la muchacha á la ventura
proseguían sus pasos fugitivos,
y al fin cansados en la noche oscura
retirábanse tristes, pensativos.

A veces ellos á lo lejos vieron,
ó en sus ensueños contemplar creyeron,
que en un campo distante, en la montaña
columnas de humo azul se levantaron,
y al llegar en la noche ¡sombra vana!
solo ascuas y cenizas encontraron.

Y así agobiado el corazón, rendidos
de cansancio sus cuerpos, y abatidos,
la esperanza tan solo era su guía,

como esos espejismos que reflejan
lagos de luz al levantarse el día
y que huyen, se retiran y se alejan.

Una vez, en la tarde, que callados
estaban junto al fuego bien hallados
con pasos silenciosos, una bella
mujer india llegó, y en su semblante
se hallaba impresa del dolor la huella,
más de un dolor al parecer constante.

Era una shawnee que á su hogar volvía,
de esa tierra do inmensa cacería
halla el feroz comanche; su marido
guarda-bosque infeliz y desgraciado
fué por ellos de noche sorprendido
y por ellos después asesinado.

Al escuchar su historia la acogieron
con muestras de pesar y le sirvieron
de su sencilla y su frugal comida,
que era carne de búfalo fibrosa
de aquellas brasas al calor cocida;
ella al tomarla se sintió dichosa.

Después que la comida terminaron y Basilio y sus guías se acostaron á descansar de la labor del día, de la caza del ciervo y del bisonte, junto á la llama que oscilante ardía envueltos en sus sábanas de monte

de lana bien forradas, á la puerta de aquella tienda campesina abierta sentóse Evangelina, y entretanto con dulce voz y con indiano acento la pobre shawnee que sufriera tanto de sus amores, refirióle el cuento.

Pero sabiendo que de amor sufría un corazón extraño, porque había como ella amado y desgraciado sido, lloró la pobre Evangelina á mares; aunque al ver otro sér, con ella herido, sintió en dicha trocarse sus pesares.

Ella á su vez le refirió la historia de su amor infeliz, que en la memoria á pesar de sus penas conservaba:

triste estuvo la shawnee, y aunque ruda por su aspecto y color se la juzgara, al acabar la historia estaba muda.

Después de estar callada, cual si un triste y terror misterioso que reviste formas varias, al fin la ¡oseyera con voz pausada y con acento leve le refirió la historia verdadera de aquel Mowis que fué novio de nieve.

Fué Mowis un galán, á quien rendida una doncella amó toda su vida; una noche, por fin, con él casóse y de su boda en la primer mañana cruzó aéreo la choza y alejóse raudo y ligero como sombra vana,

hasta perderse en el remoto cielo por el sol derretido como el hielo. En vano fué que la infeliz doncella quisiese verlo más, y enamorada do quier siguiese su errabunda huella..... siempre vióse por él abandonada.

Con el acento, entonces silencioso,
propio de encantamientos, pavoroso,
le refirió de Lilinau el cuento
que fué por un fantasma seducida.
Cual la apacible ráfaga de viento
que en las selvas se queja entristecida,

A través de los pinos seculares,
le hablaba de su amor y sus pesares
á la hora del crepúsculo, y llegaba
la voz hasta su oído tan quejosa
que mientras más á solas la escuchaba
la juzgaba más triste y melodiosa;

Hasta que al fin, el esperado día
ella obediente, hasta la selva umbría
fué persiguiendo su marcada huella.....
y ya jamás volvió, ni fue mirada
otra vez en su pueblo la doncella
de aquel vano fantasma enamorada.

Maravillada silenciosa y llena
del miedo que á las almas enajena
Evangelina la historieta oía;

mas al oír su voz conmovedora,
encantado su hogar le parecía,
y juzgaba á la shawnee encantadora.

Tras de la cumbre, entonces, de los montes
la luna se elevó, los horizontes
bañando con su luz, é iluminando
la humilde tienda con fulgor dudoso,
y las selvas y bosques abrazando
con un cincho plateado y luminoso.

El arroyo, entretanto, murmuraba,
Céfiro entre los bosques se quejaba,
y el ramaje plateado, amarillento
que sobre ellos flotaba, parecía
muy quedo suspirar, y su lamento,
triste, muy triste, resonar se oía.

Con sus dulces ensueños amorosos,
esos presentimientos horrorosos
que tras la duda y el espanto quedan,
guardaba el corazón de Evangelina,
como aquellas serpientes que se entredan
en el nido de riente golondrina.

Aliento de regiones apartadas,
por duendes y por trasgos habitadas,
resbalar en el aire parecía. . . .

Y Evangelina se creyó un momento
trocada en la doncella que seguía
un fantasma, ligero como el viento.

Entonces, afligida y temerosa,
inclinó la cabeza pesarosa
y se durmió tranquila; sus temores
en su seno feliz se disiparon,
y los fantasmas cándidos de amores,
ante la luz del sol se dispersaron.

Amaneciendo apenas, su jornada
comenzaron de nuevo, y ya avanzada,
dijo la pobre shawne: —Al Occidente
de estas altas montañas, y en la aldea
solo habitada por cristiana gente,
se encuentra una Misión; allí recrea

Pero instruye á aquel pueblo, noble cura,
que es muy bueno y muy santo se asegura;
siempre habla de Jesús y de María

á aquellas pobres gentes, y al oírle,
el corazón se llena de alegría
y dan ganas de amarle y bendecirle.

—Vamos á esa Misión—repuso al punto
alegre Evangelina; yo barrunto
que allí nuevas muy buenas nos esperan;—
y diciendo estas cosas, se volvieron
de la cumbre que juntos ascendieran,
y á la Misión sus pasos dirigieron.

Cuando el sol á su ocaso descendía,
oyeron un murmullo que partía
detrás de la montaña, y en los llanos,
al lado de las márgenes del río,
vieron las tiendas mil de los cristianos,
de la Misión Jesuita el caserío.

Baio un roble frondoso que se hallaba
en medio de la aldea, se encontraba
el cura con sus hijos de rodillas;
y un Crucifijo enfrente, sombreado
por la vid y silvestres campanillas,
se hallaba sobre el tronco colocado.

Aquel era su templo; sonoras
sobre las ramas verdes y boscosas,
se alzaban sus plegarias y oraciones,
mezclando sus acentos y murmullo
á las dulces y poéticas canciones
de algunos aves de canoro arrullo.

Descubiertos, callados, placenteros,
fuéronse aproximando los viajeros
á do rezando los demás estaban;
é inclinada en el suelo la rodilla,
unieron su plegaria á los que oraban
bajo de aquella rústica capilla.

Cuando ya no se oyeron oraciones,
el cura derramó sus bendiciones
cual rico sembrador que sobre el suelo
derramara á puñados la simiente;
y en seguida, cual ángel de consuelo,
fué adonde estaba la extranjera gente.

Después de saludarlos, escuchando
cuando estaba con ellos conversando,
su propio idioma, por la vez primera

en aquellas regiones generoso
ofrecióles su choza, y lisonjera
acogida les hizo bondadoso.

Sobre esteras y pieles se sentaron,
hermosas tortas de maíz tomaron,
y su sed muy ufanos extinguieron
de aquel noble jesuita en la cisterna. . . .
pronto su triste historia refirieron,
y el sacerdote, con su voz más tierna

Y solemne les dijo;—Hace seis días
qué sentado á mi lado con sus guías,
donde está Evangelina, me contaba
Gabriel su historia, de tristeza muerto;
pero entonces me dijo que viajaba,
y continuó su viaje hácia el desierto.—

Tierno fué su discurso, pero breve;
mas, cual los copos de ligera nieve
que en el invierno caen en el nido
de do las aves tímidas huyeron,
de la niña en el pecho enternecido
sus palabras tristísimas cayeron.

—El marchóse hácia el Norte, dijo el cura, mas á mí su palabra me asegura que, pasado el Otoño, y recogida la caza del invierno, presuroso volverá á la Misión.—Y conmovida, con acento sumiso y cariñoso,

Contestó Evangelina: —Yo, quedarme quisiera junto á tí; no puedo hallarme contenta en otra parte; destrozada los dolores el alma me han dejado.— No se miró por nadie contrariada, y cuanto dijo, se quedó aprobado.

La mañana siguiente, con su guía, el buen Basilio hacia su hogar volvía, montado en su caballo mexicano, dejando, resignada, en las Misiones, á Evangelina con el noble anciano, elevando hasta Dios sus oraciones.

Lentos los días del dolor huyeron, las semanas, los meses, trascurrieron, y la vasta llanura, que se hallaba

cuando ella vino á la Misión, verdeando, porque el maíz apenas se sembraba, estaba por do quier amarilleando;

Y la espiga dorada, que altanera el suave tumbo de la mar fingiera, y las verdes mazorcas, ofrecían pasto abundante al cuervo aventurero, y á las ardillas que los campos crían, relleno y colmadísimo granero.

Las niñas las mazorcas desgajaban, y, llenas de rubor, se sonrojaban al ver la espiga como sangre roja, porque ese era el pronóstico cercano de que novio hallaría, quien la hoja abriese la primera con la mano.

Sin embargo, jamás ningún amante ofrecióle la espiga á la costante y fiel Evangelina.—"Ten paciencia,— el sacerdote humilde le decía.— Ten la fé que protege tu existencia, espera en Dios y en la oración confía."

«Mira esa flor hermosa y hechicera
que su copa levanta en la pradera;
ve sus hojas al norte dirigidas,
cual si fueran magnetas, poderoso
dejó Dios esas flores esparcidas
en el desierto inmenso y silencioso,

para ser la señal con que el sendero
pueda hallar en sus marchas el viajero.
Es como ellas la fé: de los amores
que Dios al alma juvenil envía,
son más fragantes las hermosas flores
que las que el campo en Primavera cría;

Mas ellas nos engañan, su perfume
como aliento de muerte nos consume;
y aquella humilde planta solamente
puede á través de nuestra vida guiarnos,
y después, empapados de nepente,
con flores de asfódelos coronarnos.»

Así llegó el Otoño, y el Invierno
vino después con su furor eterno,
y Gabriel no llegaba todavía;

el piti-rojo entre el breñal cantaba,
la Primavera flores esparcía,
y del monte, Gabriel no regresaba.

Entonces, del Verano los rumores,
como trinos de pájaros cantores,
dulces, al fin á la Misión llegaron,
y que en las playas del Saginaw río,
habitaba Gabriel le revelaron,
lleno de tedio y de profundo hastío.

Entonces, con los guías que vagaban
á la ventura, y por do quier buscaban
de San Lorenzo los profundos lagos,
diciendo «adiós» á la misión divina,
guiada solo por rumores vagos,
al desierto marchóse Evangelina.

Después de largos y penosos viajes,
deteniéndose en lúgubres parajes,
alcanzó el Michigán, y en la pradera,
desierta halló la rústica cabaña
porque, incansable el cazador, partiera
ya tal vez para siempre á la montaña.

Así sus largos y penosos años
 fuéronse deslizano, y en extraños,
 apartados y lúgubres lugares,
 siempre siguiendo fugitiva huella,
 se miró devorando sus pesares
 á la errabunda é infeliz doncella.

Ya por las tiendas que plantara un día
 la morava Misión se la veía;
 ya vagando en los campos de pelea,
 do lucharan las huestes impetuosas,
 ora en humilde y apartada aldea,
 ya en ciudades y villas populosas.

Como un fantasma aterrador pasaba
 á través de los pueblos, y viajaba
 sin descansar y sin tomar aliento,
 y siempre por do quier desconocida,
 presa de incomparable sentimiento,
 siempre sola, angustiada y dolorida.

Joven y hermosa Evangelina era
 cuando ella oyó decir: «ama y espera»
 al comenzar ansiosa su jornada

para buscar á su Gabriel querido,
 y fea, y por los años maltratada,
 viola el mundo despues inadvertido.

Cada día implacable le robaba,
 cuando lento su vida fatigaba,
 una hoja á la flor de su belleza,
 dejando solo tras de sí, amargura,
 cansancio, sombra, languidez, tristeza,
 tedio y pesar, dolor y desventura.

Entonces, en su frente aparecieron
 las huellas que los años imprimieron;
 presagiando los surcos de la frente,
 como esa línea oscura y extendida
 que anuncia el sol en el dorado Oriente,
 la aurora luminosa de otra vida.